Antonio Correa Iglesias

La isla larga y estrecha

CASA VACIA

POLIEDRO EDITORIAL
DE LA UNIVERSIDAD DE SAN ISIDRO

Edición: Pablo De Cuba Soria
© Logotipo de Editorial Casa Vacía: Umberto Peña
© Ilustración de cubierta: *Undercurrents* (Ceramic Installation, 2024), de Milena Martínez Pedrosa

© Antonio Correa Iglesias, 2026

Sobre la presente edición:
© Editorial Casa Vacía, 2026
© Poliedro Editorial de la Universidad de San Isidro, 2026

www.editorialcasavacia.com

casavacia16@gmail.com

Richmond, Virginia

Impreso en USA

ISBN: 9798166991898

© Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones que establece la ley, queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita del autor o de la editorial, la reproducción total o parcial de esta obra por ningún medio, ya sea electrónico o mecánico, incluyendo fotocopias o distribución en Internet.

Para mi Beatriz Borges, que arriesgó su vida defendiendo el humano derecho de soñar con la libertad.

Para Antonio de Jesús Correa Borges, que tiene nombre de duque y nos ennoblece con su presencia.

Para Nicole Sophia, que cada mañana nos descubre en su alegría y en el sobresalto de su felicidad.

«Cuando emprendas tu viaje a Ítaca
pide que el camino sea largo,
lleno de aventuras, lleno de experiencias.
No temas a los lestrigones ni a los cíclopes
ni al colérico Poseidón,
seres tales jamás hallarás en tu camino,
si tu pensar es elevado, si selecta
es la emoción que toca tu espíritu y tu cuerpo.
Ni a los lestrigones ni a los cíclopes
ni al salvaje Poseidón encontrarás,
si no los llevas dentro de tu alma,
si no los yergue tu alma ante ti».
Konstantino Kavafis, *Ítaca*

«El exilio parece ser el arduo, humillante y triste, precio que deben pagar casi todos los artistas cubanos para poder hacer, o intentar hacer, su obra, su patria. Pues en última instancia la verdadera patria de un escritor es la hoja en blanco».
Reinaldo Arenas, *Necesidad de libertad,* «Cuba, tradición e imagen»

Prólogo

HAY LIBROS QUE simplemente se leen y libros que se habitan, que nos interpelan, que nos atraviesan; esta obra de mi querido y admirado amigo Antonio Correa Iglesias pertenece a esa categoría de textos que no dejan espacio para la indiferencia. Me resulta muy difícil prologarla porque a través de sus páginas se exponen sin eufemismos ni anestesias las heridas profundas que produce el exilio y, sobre todo, el insilio. Es una herida que me duele, y mucho, por motivos personales. He procurado inventar mil trucos para no hablar desde mi propio dolor, pero no consigo hacerlo: este es un texto que mueve y, sobre todo, con-mueve.

Conocí Cuba en 2003 y me embargó una suerte de amor a primera vista: participé en un congreso de educación en el que tuve la bendición de conocer gente como Mayra Espina o el maestro Pedro Sotolongo, quienes me invitaron a dar clases en el Centro de Investigaciones en Psicología y Sociedad, el célebre CIPS. En ese entonces conocí a Antonio, un infatigable articulador de formas y conciencias, gracias a quien descubrí la maravillosa efervescencia estética que se desarrollaba en torno al grupo teatral El Ciervo Encantado, así como la movida artística generada desde el Instituto Superior de Arte, entre otras manifestaciones de una riquísima creatividad vital.

Así pues, cada vez que recibía alguna invitación para viajar a algún país de Centroamérica o del Caribe, aprovechaba para visitar la isla. Al principio, veía con simpatía los logros de la Revolución, sobre todo en comparación con las realidades que percibía en otros países de la región, y no podía menos que admirarla.

En particular, me desconcertaba que tanto los estudiantes de doctorado en las aulas como los trabajadores en la cola de la heladería Coppelia, tildaran al gobierno de «dictadura». Yo había vivido en mi adolescencia la dictadura en Argentina por lo que me sentía autorizado a decirles que no se puede calificar como dictatorial a un gobierno que permite que se le formulen críticas de modo tan abierto. A la vez, haciéndome eco de la propaganda gubernamental, atribuía al bloqueo los evidentes problemas de acceso a productos elementales para la vida cotidiana. Sin embargo, no tardé demasiado en comenzar a darles la razón a esos críticos: no se trata de una dictadura en el sentido que padecimos en otras latitudes, sino de un Estado agobiante. Esa «creatividad vital» a la que hicimos referencia era precisamente lo que estaba siendo reprimido. Lo comprendí en un restaurante para cubanos (no turístico) de Cienfuegos, cuando se nos prohibió sentarnos frente a la ventana con vista al mar porque el orden establecido obligaba a llenar las mesas cercanas a la cocina. Mi amigo me sugirió entonces que no insistiera: lo que para mí era una anécdota, para ellos era la constante de cada momento. Con el correr de los años fui entendiendo que no solo se trataba de dónde sentarse en el restaurante, sino también de qué pensar, qué soñar o hacia dónde dirigir la mirada. Comprendí entonces que la dictadura no solo se ejerce mediante el estrépito de las armas, sino a través de una coreografía del control que disciplina hasta la conducta más nimia. Si en otras latitudes el Estado golpeaba el cuerpo, allí el Estado confiscaba el horizonte. Esa era su verdadera naturaleza: una estructura tan total que lograba que el mar, estando frente a los ojos, resultara geográficamente inaccesible para el alma.

Por cierto, he conocido a altos funcionarios del régimen que son personas íntegras movidas por un auténtico desvelo por su pueblo. El conflicto, por tanto, no es de catadura moral, sino de arquitectura política. A mi entender, muchos de estos funcionarios habitan una paradoja trágica: son idealistas en el mejor y en el peor sentido de la palabra. Poseen un ideal elevado, pero ese mismo esquema mental les impide, con frecuencia, divisar

la realidad cotidiana. Como enseña el papa Francisco, «la realidad es superior a la idea», y la experiencia cubana parece ser el testimonio de la inversión de este principio. Cuando para gestionar desde un humilde almacén de barrio hasta el ministerio más estratégico —ambos, por supuesto, bajo la órbita estatal— el criterio de selección es la lealtad ideológica por encima de la eficiencia técnica, el sistema se condena al anquilosamiento. Si bien es cierto que la persistente amenaza externa ha inoculado una lógica de trinchera en la gestión pública, la paranoia no es, ni será nunca, una virtud para la administración. Un Estado que lo absorbe todo y no «deja hacer», anula esa creatividad vital sin la cual las personas no pueden constituir una comunidad ni organizarse como tal. Si no es en el marco de una comunidad que se realiza, cada hombre y cada mujer pierde su capacidad de ser el sujeto de su propio destino y de trabajar, desde su propia diversidad, por el bien común.

Es precisamente en esa grieta entre la idea y la realidad donde se sitúa la labor de Antonio. Lo que palpita en las páginas de *La isla larga y estrecha* es el esfuerzo por reconstruir, desde la escritura, esa subjetividad confiscada. Son ensayos, entrevistas y escritos que parecen nacer de una suma de poquedades. Como me enseñó el propio autor, Lezama Lima decía que ese, el de la poquedad, es el método cubano del trabajo intelectual: escribir un poco cada día, hasta que un buen día nos asombra descubrir que la caja donde antes cabía el sombrero gigante de la abuela está rebosante de papeles y, con gran sorpresa, reconocemos en ellos nuestra propia letra. Así, de a poco, Correa Iglesias fue urdiendo estas líneas que, en conjunto, exhiben ese desgarro, ese dolor inconmensurable y esas heridas que se niegan a cicatrizar. Pero no es una exhibición perversa, sino que es el acto de quien pone el cuerpo y la memoria para que el sufrimiento no se desvanezca en el silencio. Es la entrega de una verdad cruda que, al ser escrita, deja de ser un lamento privado para convertirse en un testimonio compartido.

Mi dificultad para escribir estas líneas nace también de un duelo que me excede. Dejé de visitar Cuba cuando el mapa de mis

afectos se desdibujó: cuando la mayoría de mis amigos partió al exilio y la isla empezó a vaciarse de los rostros que la hacían mi hogar. Duele reconocer ese éxodo que Antonio compara con el del pueblo judío, pero duele aún más el eco de la ilusión perdida, ese naufragio de las bondades que alguna vez creímos ver en la Revolución. Sin embargo, este dolor no es mío; yo solo soy el testigo de una herida mayor. Es el desgarro de Antonio y de tantos otros que, entre el exilio y el insilio, han visto cómo su proyecto de vida quedaba suspendido en el aire. Es el dolor de un pueblo que ha tenido que aprender a sobrevivir entre las ruinas de una utopía que se volvió asfixia, y es a esa vivencia —ajena y a la vez tan propia— a la que intento, con torpeza, hacerle justicia en este prólogo.

A esa primera dificultad del alma se suma una de orden operativo: la naturaleza misma de este libro. Es difícil prologar estas páginas por su exorbitancia, por su negativa a entrar en la órbita de un género específico y, sobre todo, por no gravitar en torno a un centro único. Como revela su índice, Antonio Correa Iglesias renuncia a la comodidad de la síntesis. De hecho, la densidad de estas páginas es tal que cada capítulo —desde la disección de la violencia hasta la ontología de la víctima— ameritaría un prólogo propio para ser debidamente desentrañado. Si bien Antonio ha tenido la generosidad de citar mis propias reflexiones en varios pasajes, prefiero no detenerme en lo que allí se dice de «lo mío», pues en este libro mis ideas son apenas una voz más en un diálogo mucho más vasto. Referirme a un ensayo en particular sería traicionar la naturaleza de esta obra, que no busca la exposición de tesis aisladas, sino la construcción de un clima de pensamiento compartido. Su estilo es de una filiación lezamiana inequívoca: escribe para que la «fijeza» de la memoria venza al olvido. Como él mismo confiesa en sus palabras preliminares, este libro nació en la soledad de las madrugadas para intentar comprender esa Cuba a la que se le dijo adiós, pero que nos persigue como un fantasma cervantino. Antonio ha urdido aquí un silogismo sobre el desarraigo, transformando el dolor del exilio y el insilio en una herramienta de reconstrucción permanente.

Estamos ante una obra completa en su fijeza, pero audazmente inacabada. Antonio nos entrega las piezas de un mosaico roto; los restos de un naufragio recogidos con esa paciencia de quien sabe que lo difícil es lo estimulante. Por eso, el libro nos exige un paso más: es una obra que nosotros debemos completar. Al carecer de un eje impuesto, es el lector quien debe habitar el espacio entre estos ensayos y convertirse en el centro de gravedad que dé sentido al conjunto. Solo así, navegando por esta isla larga y estrecha que Antonio ha rescatado del silencio, lograremos participar de ese regreso soñado —imaginado y siempre postergado— que es, a fin de cuentas, la única patria verdadera que nos queda.

Pero este regreso no es solo una mirada hacia las ruinas del pasado. Antonio cierra este volumen con una conversación necesaria con el padre Alberto Reyes, cuyas palabras arrojan una luz de esperanza que trasciende la política. El padre Reyes nos advierte que una Cuba nueva no puede nacer del simple vacío; nos recuerda que si huimos de Dios, todo huye de nosotros, y que el peligro de mañana no es el régimen que hoy agobia, sino ese materialismo consumista que nos vuelve indiferentes al sufrimiento del hermano.

Hacerse eco de Martí al decir que «un pueblo irreligioso morirá, porque nada en él alimenta la virtud», es señalar el único camino posible para que esa comunidad organizada de la que hablábamos llegue, por fin, a constituirse. Este libro, en su exorbitancia y en su dolor, es también un llamado a volver el rostro hacia esa trascendencia. Es una invitación a que el lector, al completar estas páginas, no solo encuentre el mapa de una isla perdida, sino el cimiento de una virtud recuperada. Solo a través de esa fe —en Dios, en la comunidad, en la fuerza creativa de la palabra— Cuba dejará de ser una herida para volver a ser una esperanza.

Enrique Del Percio

Nota preliminar

Fue leyendo *NECESIDAD de libertad*, en donde Reinaldo Arenas habla de Cuba como una «isla larga y estrecha», donde encontré una imagen que terminó cobrando vida y que hoy es título de este volumen de ensayos. La misma isla que dejamos atrás en su geografía, pero no en sus lamentaciones, termina siendo, en las páginas que siguen, un delirio, pero también una esperanza. *La isla larga y estrecha* es también el cuerpo donde se escribe una historia de exilios y regresos; a fin de cuentas, la historia de todo exilio es una historia de un regreso soñado, imaginado y siempre postergado. Un viaje donde Cuba, esa «isla larga y estrecha», está en todas partes: en la persistencia de un recuerdo, en una música inaudita, como una visión insólita que nos sabemos de memoria, aunque comenzamos a verla en la distancia, como exigía Lydia Cabrera.

Este libro de ensayos que piensa la isla a través de una vida alejada de su origen ha nacido en la soledad de las madrugadas, cuando todos duermen. Cada una de las páginas de este libro es un intento por comprender esa Cuba a la que dijimos adiós, como en ese desgarrador «Adiós a Cuba» de Ignacio Cervantes, que nos persigue como Prudencio Aguilar perseguía a Aureliano Buendía en las páginas de *Cien años de soledad*. Cada una de las páginas de este libro es un intento por comprender, más allá de las ficciones políticas, aquello que hemos perdido, aquello que nos ha sido arrebatado y cuya naturaleza primera hemos comprendido gracias al exilio.

La isla larga y estrecha es también un silogismo que configura al hombre expulsado al mundo, con un imaginario que, por

desarraigo, tiene que reconstruirse permanentemente sobre el olvido. Pero también es un homenaje a todos aquellos que me recibieron en la soledad de sus exilios y me abrieron las puertas para nacer a esta nueva realidad. A Raúl de Velazco (†), mi mentor y amigo; a Ken Goodman, a Cuban Heritage Collection (CHC) de la Universidad de Miami, y al Dr. José Hernández (†) están dedicadas también estas páginas, junto con mi gratitud.

El éxodo como *telos*

El éxodo es un trágico acontecimiento que embarga al hombre. Un hombre que súbitamente se ve arrancado de sí, de su entorno, de sus condiciones fundantes. Nunca es un acontecimiento en plural, el éxodo siempre obedece a una aplastante singularidad, a una individualidad que se coteja en existencias agonizantes, desterritorializadas en el vacío. Un vacío que se constituye y reproduce como desvanecimiento secular.

El éxodo es y ha sido una figura recurrente en la cultura cubana. El éxodo ha fraguado la insu laridad en el sentido tropológico del pensamiento, el imaginario, la vivencia y la cultura como totalidad. Desestimar este fenómeno discapacita cualquier esfuerzo analítico, pero sobre todo hace minusválido al sujeto de la cubanidad.

Pero el éxodo es también un desliz filoso donde las laceraciones y las esperanzas confluyen en los deseos. El éxodo es el pasaje trágico donde dejamos de ser, con la esperanza —con la vaga esperanza— de renacer en una tierra que nos es ajena, ajena en las memorias, en las vivencias y en las alucinaciones.

La experiencia del éxodo viene asociada a un desgarramiento inevitable. Un desasosiego profundo carcome las carnes del sujeto migrante, un sujeto que se sumerge en un vacío que no puede ser explicado desde la experiencia racional. El éxodo es también un tránsito de estados. Osmosis que paulatinamente va ganando terreno en el cuerpo del otro, como si de una enfermedad terminal se tratara. La travesía que supone el éxodo construye un atajo por donde se canalizan las esperanzas, aunque muchas veces desmienta a la física elemental una vez que el punto de partida

—ese «inocuo» momento de las decisiones y las despedidas— no garantiza un destino. Un destino por demás incierto, un destino más deseado, imaginado, que probablemente vivido.

Los éxodos se nutren y alimentan de los deseos, las esperanzas, los sueños rumiados una y otra vez. Pero también los éxodos se nutren de las desesperanzas y las desilusiones, de las frustraciones y los sinsentidos de una vida que muy poco se parece a la vida.

La historia de los éxodos nunca ha sido narrada en primera persona, desconociendo las individualidades que en la oscuridad se desvanecen. El éxodo no solo es ese peregrinaje que en las premonitorias alucinaciones atisban un destino; el éxodo también es un viaje al interior, ese éxodo interior que es el principio del insilio.

«Si no me voy de Cuba, no pienses que me quedo…»

El rostro cubano del éxodo ha sido uno de los pasajes más terribles de una historia que persistentemente ha mostrado su forma lacerante. La historia del éxodo cubano ha sido aquella que, a base de cuerpos, de huesos y vísceras ha construido en el estrecho de la Florida, un muro de lamentaciones que ha llenado de dolor y fantasmas a la familia cubana.

El rostro del éxodo cubano no es solo ese joven rozagante que se pasea distraído por las calles de la ciudad. El rostro del éxodo cubano también son —y por sobre todas las cosas— los cuerpos que en el mar flotan y se descomponen paulatinamente para vagar sin rumbo en una eternidad ausente de todo humano consuelo. El rostro cubano del éxodo también es un rostro afligido, sobre todo para aquellos que en la travesía han visto morir en circunstancias trágicas a sus compañeros de viaje. Un rostro atrapado en el pánico de quien se sabe solo frente a la inmensidad del mar.

La historia humana no recuerda un éxodo tan prolongado y sangriento como el éxodo cubano. Un éxodo como consecuencia

de una tiranía que ha sabido prolongarse, sostenerse y, lo que es peor aún, ha asumido —en su delirio trepidante— un carácter antinatural. Una tiranía que ha imaginado un estado irrevocable, un sistema que ha institucionalizado el éxodo en el imaginario y en las heridas que aún cicatrizadas laten, pues recuerdan la forma brutal en que fueron hechas.

El éxodo del pueblo cubano solo puede ser comparado con el del pueblo hebreo, un éxodo que tuvo como propósito mantener viva la memoria y dirimir el dilema de la esclavitud. Aunque muchos no son conscientes de ello y sucumben a la lujuria de los terciopelos y las lentejuelas travestidas de opulencia, de una opulencia vana que enrostra en desigual duelo a quienes dejaron atrás; el sujeto del éxodo carga inexorablemente la conciencia de su unidad étnica, filosófica, religiosa y, sobre todo, nacional que ha perdido.

La conciencia de la nación pesa en el sujeto del éxodo, lo lastima y —aunque no se reconoce siempre— llena de dolor esos gratos momentos de felicidad. Una felicidad rara, una felicidad casi a tientas pues no es compartida por todos. Y es que en el sujeto del éxodo hay una suerte de duelo, una suerte de vía crucis que no siempre termina con el calvario de la crucifixión.

La tiranía ha generado una inversión simbólica del éxodo, burda manipulación que solo pretende expurgar una culpa, un sentimiento de culpa que no se reconoce.

«Pin pon fuera, abajo la gusanera…»

Y la culpa es aún mayor pues quienes reniegan de su responsabilidad, no encuentran en ella el fundamento de la huida. ¿Qué es lo que fundamenta ese deseo de huir, ese deseo irrefrenable de decir adiós? Otra vez ¡adiós!

El carácter traumático del éxodo cubano ha entrado en el dominio de lo lingüístico como narración trágica, poniendo en perspectiva la densidad ontológica de este conflicto.

«Hasta aquí las clases», «Me voy», «Me largo», «Brinco el charco», «Me tiro», «Voy tumbando», «Montaré el tubo», «Zafo», «Tumbo catao», «Me echo a la mar», «Fastear», «Malecón y 90», «Me esfumo», «Voy abajo», «Voy echando humo», «Me salgo», «Voy a tomarme la Coca Cola del olvido», «Voy quitao», «Me piro», «Me voy con los malos», «Pa la Yuma», «Acomódate que el viaje es largo», «Me voy para el monstruo», «No aguanto más»

Un evento de esta magnitud se ha pretendido licuar cuando los historiadores de la isla —con veleidad, vocación y monolítica «convicción» pretenden predisponer una «historia de Cuba»— ignoran el rol que los éxodos han tenido en la conformación de la nación. Sepultar el éxodo en el olvido histórico, es reducirlo a un torpe rejuego ideológico donde un senil patriarca barbudo y alucinante, adosado a elites vegetantes, hace siempre uso de la última palabra para aturdir a un pueblo.

Los éxodos pasados, presentes y futuros son todo el mismo éxodo. Y lo son porque la razón que lo impulsa es una dictadura despiadada y minuciosa —como la llamaba Reinaldo Arenas— que se ha enquistado en el alma de una nación.

El éxodo cubano ha convertido a sus hombres en despojos territoriales, en sujetos apátridas, obligándolos a un exilio concurrente. Un sujeto que ha logrado emanciparse de toda tutela secular —en el sentido nietzscheano del término— devenida de un sistema totalitario ya sea desde lo político, lo simbólico o lo religioso.

Es curioso que para Hannah Arendt las pérdidas que sufrieron las personas en su condición sean una de las condiciones fundantes de los éxodos. Para Arendt, la aparición de los sistemas totalitarios ha sido la condición fundante de los éxodos, de esos terribles desplazamientos, donde la desontologización del humano adquiere su mayor significación. El desplazado deja de ser un hombre para convertirse en un ser miserable que deambula entre las morfologías de un *gusano* y las siempre repugnantes fisonomías

de una cucaracha, suerte de paroxismo que, somatizado, adquiere un carácter patológico.

Un éxodo se produce cuando los elementos del engranaje social han dejado de funcionar. Conceptos fundamentales como la ciudadanía son desmantelados, es decir, ya no funcionan como mediadores entre un estadio de naturaleza total donde «todos» tienen derecho a todo, por tanto, a nada. J. A. Ponte en el documental *El arte nuevo de hacer ruinas* graficaba esta sintomatología: si un ciudadano no puede decidir lo que ocurre en el espacio familiar del «feudo», nada puede hacer en el espacio del reino.

Si el principio de civilidad permite prevenir la «guerra de todos contra todos» —ese axioma por el que siempre es recordado el viejo T. Hobbes— cuando una sociedad cierra las puertas al debate, al diálogo y a la construcción participativa, abre las puertas para los exilios, a los éxodos y a los sistemas totalitarios. El Estado, el gran Leviatán[1] bíblico que engulle a Jonás, ese ser indefenso que deja de ser, que sucumbe al exilio o al insilio a su condición fundante, termina siendo según Arendt la condición impolítica de lo humano.

El miedo aparece entonces como patología y la civilidad cede terreno a una comprensión autotélica de la política. Como todo miedo es principalmente una extensión de un ejercicio de poder cuyo interés radica en la dominación absoluta; el ciudadano deposita sus esperanzas en un peregrinar que no tiene asegurado un destino. El miedo que una vez nos inmovilizó es hoy un mecanismo de emancipación. El miedo y el terror que fueron una vez instrumentos de coacción y que escalaron posiciones en los imaginarios, en las conductas y en esos espacios de subjetividad donde antiguamente el sujeto solía refugiarse, son hoy el vehículo para alcanzar la libertad.

Una vez más, Hannah Arendt explica las condiciones que modelan la fisonomía de un éxodo. Cuando la pluralidad como

[1] Véase John Gray: *The new leviathans: Thoughts after liberalism*. Random House, 2023.

condición de la existencia humana ha sido negada, cuando la pluralidad como condición de la vida política ha sido condicionada, manipulada o sencillamente secuestrada, cuando la igualdad como condición de la vida política ha sido monopolizada por un grupo de hombres que —ignorando la naturaleza de los procesos— deciden por la mayoría y ostentan —sin previa determinación de tiempo— un poder que, paulatinamente se va secularizando, entonces se abre el camino al éxodo, al exilio, al destierro porque lo que se ha negado es la libertad.

Quienes —como nosotros— viven la experiencia del éxodo, ingresan por derecho propio en una categoría que arrastra consigo para toda la vida. El sujeto del éxodo es un sujeto que ha perdido la relación con su centro, por eso se vuelca hacia el exterior, donde nuevos valores estéticos y morales entran dentro de su imaginario. De ahí que el desasosiego y la zozobra terminen generando un sujeto de la levedad.

Los éxodos, son heridas abiertas en la memoria y en las ensoñaciones, son los sobresaltos de la irrealidad. El sujeto del éxodo es un sujeto desmantelado, precario como las propias «embarcaciones» que construye. El éxodo, los éxodos son catástrofes, pero son al mismo tiempo una puerta de salida de una realidad que ha negado la condición humana.

¿Estará dispuesto este sujeto del éxodo a regresar? ¿Estará dispuesto —como lo han hecho todos los pueblos en sus éxodos históricos— a regresar y restaurar un proyecto de nación? Esperemos que así sea, pues en los últimos 60 años en Cuba se ha instaurado una indiferencia que es una suerte de inhibición y apatía que ha tenido como resultado el empoderamiento del nihilismo en la tradición política cubana.

La caricatura de un fantasma recorre el mundo

¿SE PUEDE SENTIR una fascinación casi exasperante por un libro? Había experimentado algo similar con *Tuyo es el reino* de Abilio Estévez e *Informe contra mí mismo* de Lichi Alberto. Veinticuatro horas me bastaron para consumir *El comunista manifiesto. Un fantasma vuelve a recorrer el mundo*[1] de Iván de la Nuez, un libro también exasperante, de esos que duran poco, aunque uno lo estire. Los días posteriores a su lectura estuvieron cargados de un reflujo gástrico parecido a la melancolía, como quien sigue rumiando yerbas ensalivadas que quiere regurgitar pero que no puede.

Recuerdo que fue cenando en casa de Rosie Inguanzo y Alfredo Triff —casa de iniciaciones— que conocí del texto de Iván, y no pasaron muchos días para que un amigo común, Emilio Ichikawa, me hiciera llegar un ejemplar que devoré sin escrúpulos y lleno de sobresaltos.

Fue esa una época en la que, coincidentemente, llegaron —también— libros de otros autores cubanos exiliados. Un exilio intelectual que había conseguido un nivel conceptual y analítico que solo abandonando la isla y tomando en sus manos un futuro, había logrado alcanzar.

[1] Iván de la Nuez: *El comunista manifiesto. Un fantasma vuelve a recorrer el mundo*. Galaxia Gutenberg, SL, 2014.

Siempre es complejo cotejar la manera idónea de llamar a las cosas, sobre todo porque en el fondo de la definición subyace la identidad de lo que se define. «Diáspora» y «exilio» son dos maneras de nombrar un fenómeno que debería tener como correlato transversal lo político. A lo que quiero llegar es que la intelectualidad cubana de la «diáspora» o del «exilio» ha dado cuenta de lo que pudo haber sido el corpus intelectivo de una «nación» en condiciones normales. Dentro de este grupo hay que incluir, inevitablemente, a Iván de la Nuez.

El comunista manifiesto... es un ensayo cuya raíz antropológica concentra su fuerza en el sentido post mortem del comunismo. El manejo simbólico, cultural y festivo del *cadavre exquis* construye una ritualidad —como adoración— en la conservación de la experiencia sensorial.

De la Nuez desbroza cualquier indicio de afectividad y deconstruye este rompecabezas con el único propósito de mostrarnos cómo el desmoronamiento de un sistema ha tenido más implicaciones simbólicas que políticas. El sentido fantasmagórico viene precisamente de esta espectralidad que aún recorre el mundo. Quienes hemos tenido el privilegio de llegar a los restos del Muro, no dejamos de reconocer la fuerza simbólica que en torno a él gravita. Derrumbado a ambos lados del océano, su onda expansiva se contrae y dilata, generando una presencia en los imaginarios que se traduce como deseo, nostalgia, coleccionismo, subasta, o sencillamente en un trozo de roca que adorna un anaquel de nuestra empolvada biblioteca. Una vez más, el sentido fantasmagórico viene precisamente de esta espectralidad. Hay algo de masoquismo en todo ello.

Cuando en el año 2000 Karl Marx fue seleccionado como una de las figuras más influyentes en la cultura occidental, fue la fuerza de lo fantasmagórico, la recurrencia de la nostalgia y no la realidad cruda de las consecuencias nefastas de esta ideología lo que reforzó el criterio de selección. Después del derrumbe del Muro, el manejo simbólico de la imagen de Marx ha estado asociado —más que nunca— al pastiche como resignificado desde

el diseño y el grafiti. Y este es precisamente uno de los valores antropológicos del texto de Iván de la Nuez.

El inventario de una nostalgia empecinada y triste termina articulando la sintomatología de un cuerpo. La nostalgia que ese cuerpo produce no solo es visible en aquel deseo trasnochado por los dibujos animados soviéticos, checos o rumanos —verdaderas obras maestras de la animación y la exasperación— sino también en la evocación siniestra que sigue concibiendo la inocua posibilidad de un mundo a través de esta ideología y que hoy termina amparado en el progresismo *woke*. El lamento consciente exhuma un cuerpo a través del cual se pretende descubrir —finalmente— lo que en vida se le negó.

Sin embargo, la nostalgia muestra un nuevo significado una vez que, en la remembranza, explora los sentimientos de pérdida y desasosiego que ha traído aparejados más que el derrumbe de un muro, el colapso de una ideología política.

Más que de nostalgia, Iván habla de *ostalgia,* es decir, un limbo donde la precariedad de la imagen eidética da paso al predominio de lo fantasmagórico. Por eso que evocación, remembranza, recomposición de un pasado hacen cuerpo en la memoria de un cuerpo que se niega a olvidar o, lo que es peor, a aceptar. Iván se sumerge en la idea de la memoria para desacralizar la melancolía de un sujeto trasnochado, pero, sobre todo, destemporalizado. «[…] algunas veces, la ostalgia ni siquiera se asienta en un recuerdo, sino en una simulación de la memoria».

No es ni tan siquiera la memoria, sino la delimitación ideológica de esta. En nuestras formas de recordar la simulación se ha instalado como condición fundante desde la ideología. La simulación es el nudo que teje la dramaturgia de la puesta en escena. Y para dar cuenta de ello, Iván de la Nuez echa mano a la producción cinematográfica como dispositivo de ingeniería social, sobre todo en la conformación de las subjetividades.

Al mismo tiempo, *El comunista manifiesto…* es un texto donde se disecciona un cuerpo-cadáver-fantasma. Iván organiza los capítulos de su libro a partir de una lógica invertida; es decir, lo

ingrávido es lo que permanece como entidad, lo fantasmagórico se va «corporizando» y adquiriendo un sentido oblicuo para que lo fantasmal en su condición de fetiche, reescriba un pasado, que aparece y reaparece en diferentes morfologías. Es por eso por lo que la añoranza desde el presente se refuerza como actitud.

Lo mórbido —por su parte— atraviesa todo el texto, pero lo hace desde la adoración y contemplación de los desechos, suerte de excitación necrofílica, similar a la que experimentamos cuando miramos un cuerpo que reposa en un ataúd. Es la misma desazón que se advierte al entrar en la tumba de Lenin o al contemplar a qué ha quedado reducido el cuerpo terrible del patriarca caribeño. Hay algo de estupor y libido en todo ello, eso no cabe duda.

Pero si lo mórbido y lo fantasmagórico desbanca a la utopía, la distopía, la atopía parecen ser las formas de la nueva heteronomía como revival estético. Como todo buen revival, la mirada al pasado mezcla los aditivos nostálgicos u ostálgicos, la simulación de la memoria termina conformando una actitud. *Simulacro y simulación* (Baudrillard) termina conformando las más importantes páginas de la literatura cubana desde Jesús Díaz con sus *Palabras perdidas* hasta Padura con *La novela de mi vida*. La realidad termina siendo un cuerpo ficcional.

Lo ubicuo y lo volátil —señalado por Iván de la Nuez— refuerzan la tesis del derrumbe a ambos lados, aunque los escombros de este aún persisten en la experiencia fantasmagórica entorpeciendo el paso a los nuevos ciudadanos del mundo. Con el derrumbe del muro, la virtualidad de estas realidades se desvanece. El derrumbe arrasa con todo. La individualidad restringida y preelaborada da paso a una ontología de la precariedad. Se deja de ser, para terminar, siendo uno más; la insinuada idea de la supervivencia licua las identidades contraculturales.

Sin embargo, lo fantasmagórico no obedece a una singularidad. Hay un mosaico de lo espectral, sobre todo a partir del manejo simbólico que han hecho de la imagen política. Todos son aterradoras momias en cajas de cristal ironizando y parodiando la imagen hedónica de una «damisela encantadora», montículos

que asemejan —qué ironía— desperdicios fecales, mausoleos donde una turba desenfrenada de quejumbrosas plañideras hace lo suyo. En cualquier caso, son fantasmas que aun así reclaman un protagonismo.

De la Nuez con *El comunista manifiesto*... construye una genealogía, viaja al epicentro del inframundo para exorcizar y desmembrar lo fantasmagórico. No son solo los restos mortales del poscomunismo; son espectros que deambulan, pero son, ante todo, muertos vivientes, zombis tratando de habitar un tiempo social que hacen cuanto puede para invocar sus espíritus.

Finalmente, Iván de la Nuez en su libro rememora la puesta en escena del socialismo, no desde la contradicción que se animó y se abrigó en la Guerra Fría y su factibilidad histórica sino más bien desde la ironía de una gestualidad kitsch, como muy bien recordó Milán Kundera. Un kitsch trágico que se reinventa en la comedia, en la burla perpetua. Para quienes hemos vivido la opulencia neobarroca de esta puesta en escena, para quienes vivimos sumergidos en el agónico despertar de los «muñequitos rusos», para quienes padecimos su precaria industria ligera, pero, sobre todo, para quienes sufrimos las faltas de libertades; el olor a muerte que estos cuerpos sin vida desprenden enrarece el ambiente y desencajan el rostro con una mueca estremecedora.

La fugacidad es el elemento aglutinador. Si la fugacidad y la fragilidad del sistema se expresan en su impermanencia, las ilusiones por este generadas no son nada más que contrasentidos estructurales, formas que no tienen cómo llamarse, una vez que carecen de una ontología. Si, como dijeron los Matamoros, ya han muerto todas las ilusiones, una especie de olvido se instala en la comprensión del pasado, un pasado que —como dice Iván de la Nuez— es decapitado desde los discursos hegemónicos, una vez que la desilusión se instala como normatividad.

Es cierto, «un fantasma vuelve a recorrer el mundo», pero lo hace desde una visión maniqueísta, desde una tozudez que raya en el absurdo, lo hace más cercano a lo quejumbroso de la ironía y la comicidad que al efecto verdadero de una versatilidad

histórica. Sus nuevas encarnaciones son bromas desafinadas en una obertura disonante. Puede que «un fantasma vuelve a recorrer el mundo», pero lo sigiloso a su paso encuentra todas las voces que pretendió callar, todos los libros que pretendió incinerar, para así descubrir —vaya sorpresa— que ya no hay embalsamadores de cuerpos y recuerdos, pues estos —en las nuevas condiciones— prefieren enterrar a los muertos para que finalmente descansen en paz.

Desidia, desencanto y vacío simbólico. La generación 11J

«yo sé que este invierno fue más duro que otros
pero ya está llegando el final…».
Carlos Varela

¿Cuándo nace una generación? ¿Cuándo nace una generación política? ¿Cómo una generación sabe que debe efectuar un cambio? La noción de generación, tanto en la teoría social como en la sociología, puede ser rastreada desde Augusto Comte (1798-1857) hasta los estudios de Ignacio Lewkowicz en «Generaciones y constitución política».

Aunque mucho se ha dicho y desdicho sobre quienes tomaron las calles el 11 de julio de 2021, una nueva generación política —que por demás es multigeneracional— rompió con el nominalismo clásico para convertirse en sujeto del cambio. Constitucionalmente nuevos, los lazos de identidad se estrechan al interior de un grupo subjetivando a un «nosotros» colectivo. Esa unidad espontánea hace añicos la profilaxis del discurso sistémico, echando a un lado los recursos ideológicos y simbólicos que han saturado la conciencia de los cubanos de las últimas seis décadas. No solo se arremetió contra la frustración política, sino que se desconoció —en su accionar— a cierta oposición que, para sobrevivir, se opone desde la disfuncionalidad.

El 11J puso en perspectiva la necesidad de una nueva noción de soberanía, adquirida desde la catarsis colectiva. La acumulación

de la desidia, el desencanto y el vacío simbólico, junto a la violencia instrumental del Estado totalitario —quien ha detentado el monopolio de la violencia—, desacralizó una normatividad y una unidad forzada, expresadas desde un discurso y una ideología política.

Para quienes han dudado —ingenuamente— del carácter totalitario del régimen cubano, el 11J hizo evidente —aún más— el colapso de esas ilusiones. Y digo esto pues resulta interesante ver que aun para ciertos historiadores cubanoamericanos, el término «sistema totalitario cubano» no es un recurso legítimo a la hora de demarcar una definición de orden político. Una vez más la fascinación prima y opera sobre la razón.

La historia es un referente indispensable cuando se intenta explicar lo acontecido. «Por favor, señor, escóndanos que nos persigue la tiranía»[1] decía Cabrera Infante, quien también tenía claro el miedo histórico que tienen los comunistas a la historia.

Solo las multitudinarias manifestaciones que en 1933 derrocaron al «estado de excepción» generado por Gerardo Machado, son un precedente para comprender lo acontecido en Cuba el 11J. En ambos casos la esquizofrénica brutalidad policial pretendió preservar una «utopía» deshecha. De la primera nació una nueva generación constitucional que adquirió cuerpo en 1940, de la segunda deben nacer los modos constitucionales para efectuar un cambio.

Los tiranos pocas veces renuncian, todos lo sabemos. La izquierda —histórica y mayoritariamente— ha llegado al poder por vías democráticas para, una vez allí, enquistarse. Por eso el 11J encarna el espíritu de una nueva era, el espíritu de una nueva constitución de país; sobre todo, de un país que ha vivido un profundo vacío constitucional fomentado por el golpe de Estado de Batista y capitalizado por Fidel Castro. El profundo vacío constitucional (1959-1976) que Cuba experimentó —no se reco-

[1] Guillermo Cabrera Infante: *Vista del amanecer en el Trópico*, Seix-Barral, Barcelona, 1974, p. 105.

noció de modo tácito la Constitución de 1940, si bien tampoco se negó— fomentó, pero, sobre todo, ejecutó la ausencia de un amparo constitucional y el desmantelamiento de todas las instituciones políticas y civiles procedentes de una república precaria, pero democrática. Las cosas no han cambiado mucho, en 2018 el exdecano de la Facultad de Derecho de la Universidad de La Habana aseguraba: «Esta Constitución va a organizar el diagrama estatal del país, pero hay una fuerza que está por encima del Estado que es dirigente y superior, es el Partido. La Constitución no puede trazar directrices al Partido».

El 11J puso de manifiesto como nunca que la revolución cubana está muerta, como bien acotara mi colega y amigo Julio Lorente, si es que alguna vez estuvo viva. Y ha muerto, entre otras cosas, no solo por la inviabilidad de un sistema sino también porque ha «agotado minuciosamente su reserva simbólica: su compromiso social».

El capital simbólico que el 11J ha generado, ha desmantelado el «legado» retórico del cual ya nadie se siente deudor. La gratitud y la deuda con la Revolución han sido históricamente los elementos que han subrayado el carácter providencial y mesiánico que —como metarrelato paralelo— ha enfatizado la discursividad política de Fidel Castro. El 11J ha hecho evidente el ocaso simbólico, el ocaso de los metarrelatos y el ocaso de los ídolos de los que hablaba Nietzsche.

Por primera vez en la historia de Cuba se ha roto la ficción nacional; es decir, esa imagen que de sí mismo se ha tenido y que le ha ganado históricamente también a la realidad. La misma revolución que capitalizó su triunfo institucional con el reclamo de tomar las calles para hacer efectiva la huelga general del 2 de enero de 1959 es la que reprime a los que espontáneamente han tomado las calles para hacer definitivo el traspaso generacional que emerge como agotamiento político y social.

Por primera vez, desde 1933, los ciudadanos han salido a la calle para demostrarle al mundo, pero sobre todo a ellos mismos, que todos los tiranos son iguales, aunque no lo parezcan.

Índice

Prólogo. Enrique Del Percio / 11

Nota preliminar / 17

El éxodo como *telos* / 19

La caricatura de un fantasma recorre el mundo / 25

Desidia, desencanto y vacío simbólico. La generación 11J / 31

San Isidro en movimiento / 35

Cuerpo, miedo y escatología / 39

Exhumación del aliento / 43

Para una arqueología del silencio. La ontología de la víctima / 49

Escatología, necrofilia y antropofagia. El cuerpo muerto de una nación / 67

El verano en que Dios dormía: Una novela de Ángel Santiesteban / 75

Del olvido a la literatura como diagrama ontológico en las palabras y la memoria / 81

Madrugar, escribir, borrar / 85

Las *immagini infamanti* o la expulsión del ser / 91

Inventario de fantasías / 97

Byung-Chul Han, el cansancio y la ilusión de la libertad / 103

Vivisección, ontología y contraste. La condición humana en la obra de Santiago Betancur / 111

¿Ruinas o deconstrucción? La narrativa de la ciudad en cierto arte cubano contemporáneo / 115

Espasmos ontológicos / 123

Lo grotesco, el deterioro y la belleza en la obra de Adrián Socorro / 133

Ambivalencia, ubicuidad y oportunismo / 139

Oficio, arte, artificio y perturbación / 159

La violencia como implementación política y simbólica / 165

El cuerpo diseccionado frente a la artificialidad del espejo / 171

La mirada petrificada. Soledad, desamparo y abandono en la pintura de Arturo Montoto / 179

Simbolismo, hibridación y gaseiformismo en la pintura de Octavio Irving / 185

El silencio ontológico del poeta / 193

Entre huevos de basilisco y cabeza trocadas. El más allá como recurso poético / 201

La agonía del cuerpo en la densidad de la memoria / 205

El fin de un relato: todo y nada / 217

Vanguardia + retaguardia ≠ complementariedad / 223

¿Estetización o vaciamiento? El icono Martí en la cultura popular cubana / 229

Castillos de sombras / 239

Reliquias ontológicas / 243

László Krasznahorkai: Entre la belleza, la ruina y la profunda obsesión / 249

¿Cuál es el precio de un ideal? / 259

Cartografías del cuerpo. Territorios visuales / 269

Con-versando. La literatura como paisaje, más allá del otoño. Leonardo Padura / 277

De la obra de arte a la virtualización de la experiencia del arte. Rigoberto Díaz Martínez / 301

El miedo nunca debería ser una razón para callar. Miguel Ángel Oeste / 309

«El único compromiso debe ser con la honestidad». Abilio Estévez / 315

Gustavo Pita Céspedes, un tipo con *swing* / 325

«El diálogo siempre conlleva beneficios». Jorge J. E. Gracia / 335

«Exiliarte significa inventarte un país». Ana Olema / 349

Ofelia Schutte. La filosofía y la soledad del pensamiento / 361

Entre el doxa y la dimensión pensada del espacio infinito. Arturo Montoto / 385

Visualidad calibrada de como Judith se convierte en Milena y corta la cabeza a Holofernes / 399

Pasadizos oscuros del laberinto. Pedro Juan Gutiérrez / 411

Una tierra desde la cual mirar al mundo. «Si este camino no conduce a la iglesia, no llega a ningún lugar». Sacerdote Alberto Reyes / 429

Sobre el autor / 439